

Del materialismo marxista al realismo cristiano

Por el P. Ricardo Fuentes Castellanos

El Dr. Julio Fausto Fernández, cuya evolución favorable al catolicismo ya es conocida, acaba de publicar un interesante libro donde reúne sus estudios sobre la Filosofía de Santo Tomás, de la cual se muestra buen conocedor principalmente a través de el conocido expositor francés Jacques Maritain.

Constituyendo el libro del Dr. Fernández un meritorio esfuerzo en pro de la divulgación de las principales tesis de la Filosofía Tomista, por este capítulo merece de parte de todos los católicos Salvadoreños la más cálida simpatía. Por mi parte no solamente simpatizo con la meritoria labor del Dr. Fernández, sino que además me siento respaldado por un intelectual de nota que anteriormente estuvo en el campo contrario; pues como es sabido desde mucho antes que el Dr. Fernández pensara en ratificar su equivocada posición doctrinaria yo he venido luchando a través de la prensa por dar a conocer el pensamiento cristiano. Es por estos motivos que una obra como la que ahora presenta el Dr. Fernández, representa para mí la honda satisfacción de constatar que ya no estoy solo en la lucha por dar a conocer la Filosofía de Santo Tomás considerada por muchos como cosas del "oscurantismo clerical".

Siendo como es el Dr. Fernández un "convertido" es muy justificable y comprensible que todavía en su evolución queden algunos puntos no suficientemente esclarecidos, pero que no le restan mérito y valor. Analizando su obra la pudiéramos clasificar en tres partes: a)—Introducción y punto de partida de la obra incluyendo aquí las relaciones de la Filosofía Cristiana con el Marxismo; b)—El cuerpo del Tomismo principalmente en la parte metafísica; y c)—Las conclusiones de carácter político-social.

En términos generales la obra merece un juicio favorable y representa un apreciable aporte al pensamiento filosófico en nuestro país. Asi-

mismo no debemos perder de vista el hecho tan importante en nuestro ambiente intelectual de que un connotado intelectual, proclame con toda energía su catolicismo intelectual y doctrinario, pues, en honor a la verdad, ha sido rarísimo en nuestro país encontrar un intelectual que aceptase integralmente todo el pensamiento católico con sus proyecciones sociales y políticas. Yo por lo menos casi no he conocido a ninguno en nuestro país, salvo las excepciones de alguno que otro profesional joven de tendencias más o menos católicas. Aunque el Dr. Fernández todavía no ha llegado a la meta plenamente deseable; sí hay que reconocerle su buena voluntad.

Por lo que respecta a la primera parte del libro, principalmente en lo que se refiere a cierta afinidad o coincidencia que el Dr. Fernández señala entre el realismo tomista y el materialismo marxista, no me parece lo suficientemente fundado. La razón de esto, es que el concepto tomista de la realidad está fundado en la objetividad ontológica del ser real y del conocimiento espiritual a través de los sentidos. Ahora bien, respecto del materialismo marxista, fundándose éste en la filosofía de la llamada "izquierda Hegeliana" que desembocó en el crudo materialismo de Büchner y Moleschott, no puede darse una afinidad con el conocimiento de la realidad como lo postula el Tomismo. En efecto teniendo por otra parte el Marxismo fuertes antecedentes Hegelianos de ahí que su filosofía no pueda desprenderse del todo de su matiz idealista. En primer lugar es innegable su afinidad **dialéctica**.

Para Hegel, Dios carece de existencia positiva y real; la idea de Dios está sujeta, como todo pensamiento, a la ley *del devenir*, de la evolución progresiva e irresistible, y Dios, que en resumidas cuentas no es más que ley moral, evoluciona indefinidamente al mismo tiempo que el Universo y la humanidad. Hegel aplicaba la palabra *dialéctica* a esta evolución del pensamiento, que va desarrollándose a través de las contradicciones que van surgiendo a cada momento, y así enseñó el desarrollo dialéctico del mundo porque atribuía como origen la idea, el pensamiento. Concepciones nebulosas, muy propias de la filosofía panteísta germánica, pero que se resuelven en el ateísmo. Marx rechazó el deísmo hebreico, y se convirtió en un ateo de todo corazón. A esta evolución de Marx contribuyó la filosofía de Feurbach, modificando bajo la influencia de esta filosofía el pensamiento de Hegel. Para Marx la base de la realidad del ser no era ni el pensamiento ni el espíritu como afirmaba Hegel, sino la materia, la evolución de la materia, aunque su materia era de tales cualidades, que poseía las propiedades del espíritu sostenido por Hegel. Una materia activa y casi espiritual, cuya superestructura es el espíritu y las demás manifestaciones de la vida humana, como la religión, la ciencia, la política.

Por aquí podemos colegir que el materialismo de Marx, si bien es opuesto al idealismo Hegeliano, tiene de común el ser un puro monismo panteísta y de cierto matiz idealista, ya que la materia para Marx a mí me parece que más bien tiene un sentido idealista por su fundamento panteísta.

De todas maneras no cabe que el análisis que hace el Dr. Fernández sobre metafísica marxista, es muy interesante y no deja de tener sólidos fundamentos, aunque claro está, hay pie para considerarlo también de otro ángulo, sin que invalide del todo la tesis del Dr. Fernández.

La consideración sobre la mística Marxista, corroborada por las observaciones de Maritain, es bastante acertada.

Por lo que respecta la parte puramente Metafísica incluyendo los principios de Cosmología, está plenamente de acuerdo con la doctrina general del Tomismo viniendo en este terreno las objeciones de parte del racionalismo aunque en algunas tesis hay discrepancia entre otras corrientes escolásticas como la de Escoto y de Suárez.

Llegando a la tercera parte referente a las conclusiones político-sociales, aquí nos apartamos un poco de la tesis Meritenista seguida por el Dr. Fernández.

Como se trata más bien de una discrepancia, con Maritain que con Julio Fausto; de ahí que la crítica sea más para los principios de Maritain que para el autor de esta obra que reseñamos.

En primer lugar hay una mala interpretación de parte de Maritain respecto de lo que él llama "interpretación equívoca, unívoca y análoga del ideal político cristiano". Y digo mala interpretación porque dentro del sistema Meritenista de la "Nueva Cristiandad" se señala como "unívoca" la tendencia tradicional seguida por los tratadistas que mantienen ciertos principios fundamentales afines o acordes con la "antigua Cristiandad". Es evidente que a nadie entre los tratadistas tradicionales se le ha ocurrido pensar que actualmente sí que el principio fundamental del "teocentrismo" debe abarcar todos los aspectos de la vida social, tal como la ha expuesto León XIII en la Enc. "Inmortale Dei" y posteriormente, Pío XI en la encicl. "Quas Primas" sobre el Reinado de Cristo Rey.

No deja de ser un error fundamental y pésima interpretación de Maritain su juicio a todas luces dirigido contra el llamado "Tradicionalismo" que con tanta frecuencia es acusado de "retrógrado" y "apegado al pasado medioeval". El verdadero Tradicionalismo, como ya lo he explicado en otras ocasiones, no pretende volver al pasado ni se opone al progreso y a la justicia social. El Tradicionalismo auténtico, —el de Balmes, el de Donoso, el de Mella, el de Pemán, el de Maeztu y muchos otros— no hace más que condenar los desvaríos de la Revolución que por fundarse en un grosero naturalismo y además de carácter impío, supone un rompimiento con los principios tradicionales de la filosofía cristiana. El Tradicionalismo supone la Tradición viva y la continuidad histórica de la civilización cristiana; todo lo contrario de los postulados de la Revolución que tanto en su fase liberal--democrática como marxista supone un concepto diametralmente opuesto al sentido cristiano del hombre y la sociedad.

Por lo que respecta a los principios fundamentales que hoy día muchos califican característicos de la "Democracia-Cristiana" son casi tan antiguos como el Cristianismo y concretamente en el aspecto jurídico moral ya han sido minuciosamente esclarecidos por San Isidoro de Sevilla en el S. V.; luego en el Código de las "7 Partidas" de Alfonso XI "El Sabio" y posteriormente por Santo Tomás y toda la escuela Jurídico-Teológica Española con Vitoria, Báñez, Soto, Suárez y todos los tratadistas políticos españoles como Luis Vives, Mariana, Sepúlveda, Santa María, Saavedra y Fajardo y muchísimos otros que pasando por Balmes y Donoso Cortés llegan hasta nuestros días.

Todos estos principios teológicos, jurídicos y políticos de tantos tratadistas constituyen la Tradición y por lo que tienen de fruto de la experiencia moral e histórica conservan una validez moral para nuestros días.

Por otra parte en el Maritenismo se dá mucho de repudio gratuito al pensamiento político-jurídico tradicional con una manifiesta inclinación hacia la heterodoxia. Así v. g. manifiesta cierta conformidad con lo que él llama — Maritain — “acuerdo con Lutero en cuanto a la “libertad Religiosa”; y con Voltaire en cuanto a la libertad civil”. Pues bien; ni Lutero representa la “Libertad o la tolerancia religiosa” y mucho menos Voltaire puede ser considerado de un punto de vista católico como representante de la “libertad civil”. Los católicos no estamos en nada de acuerdo, por lo menos yo no lo estoy, ni con Lutero ni con Voltaire.

Hoy día, en este período de la post-guerra de 1939, por influencia y presión del mundo Anglo-Sajón se ha puesto de moda ser “Demócrata” y como éste término de hecho supone una concepción político-social de carácter racionalista y protestante; de ahí que la añadidura de “Cristiano” se presta a muchos equívocos. Si en nombre del pensamiento cristiano se quiere despojar a la Democracia liberal de todos sus aspectos heterodoxos, entonces ya ese término “Democracia” no tiene el mismo sentido para nosotros que para los racionalistas y protestantes, aparte de que una Democracia despojada de sus ingredientes heterodoxos dejaría de significar lo que ha sido hasta ahora y no lo consentirían nunca los Anglo-Sajones mantenedores en el mundo del Demo-Liberalismo laico y masónico.

Otro aspecto nada despreciable en contra de la mal llamada “Nueva Cristiandad” lo tenemos en la contradicción lógica del término o idea Mariteniana de la “Cristiandad— laica”; aparte de que su exagerada doctrina sobre la “persona” conduce como en el Liberalismo a una idolatría del concepto de “Libertad” por encima de los derechos de la Iglesia y del Bien Común.

